

el don de temor. Es el temor principio de la sabiduría: tal es la ley inmutable de la redención.

Por el contrario, la pérdida del temor es el principio de la ruina. ¿Cómo sacude el mundo cristiano el yugo del cristianismo? ¿Cómo llega hasta el grado de aberración de negar la evidencia de los hechos evangélicos? Perdiendo los dones del Espíritu Santo. ¿Con qué orden los pierde? Con el mismo que los recibe. El primero que pierde, como el primero que recibe, es el temor.

¿Qué pensar de una época que no tiene ya temor de Dios? Como quiera que los dones del Espíritu Santo son inseparables, una época que pierde el temor de Dios es una época que pierde la sabiduría, que pierde el consejo, que pierde la fortaleza de la virtud. Es una época que se halla entregada á los siete espíritus contrarios, al espíritu de soberbia, al espíritu de avaricia, al espíritu de lujuria, al espíritu de iniquidad, bajo todos los nombres y en todas las formas. ¿A dónde va? ¿Cómo no asombrarse de lo que vemos? ¿Cómo no presentir lo que veremos? Si el temor es el principio de la sabiduría, la ausencia del temor será el principio de la locura. En este caso, la locura es el preludio del crimen sin remordimientos para los individuos, y de catástrofes sin nombre para los pueblos. Si, pues, el mundo no quiere perecer, vuelva al temor; esta es la primera condición de su felicidad (1).

1. Timeat Dominum omnis terra... Beatus vir qui timet Dominum. Ps. 32 et 111.

CAPITULO XXVII.

EL DON DE TEMOR.

SUMARIO.—Los siete dones del Espíritu Santo opuestos á los siete pecados capitales.—Luminoso punto de vista.—Lo que es el don de temor.—Sus efectos; respeto á Dios, horror al pecado.—Su necesidad: el nos da la libertad librándonos del temor servil.—Del temor mundano.—Del temor carnal.—Nos arma contra el espíritu de soberbia.—Qué sea la soberbia y lo que produce.

Cuando Isaías da á conocer á la tierra los dones del Espíritu Santo, no los llama *Dones* sino *Espíritus*. Santo Tomás nos ha manifestado la completa exactitud de este lenguaje, al demostrar que los dones del Espíritu Santo son como el soplo perenne del Espíritu septiforme, que pone en movimiento todas las virtudes y todas las potencias del alma. Uno de los últimos representantes de la gran teología de la edad media, San Antonino, conserva la misma denominación. “Los siete dones del Espíritu Santo, dice este ilustre doctor, son los siete Espíritus enviados por toda la tierra contra los siete espíritus malos de que nos habla el Evangelio. El Espíritu de temor echa fuera al Espíritu de soberbia. El Espíritu de piedad arroja al Espíritu de envidia. El Espíritu de ciencia rechaza al Espíritu de ira. El Espíritu de consejo hace huir el Espíritu de avaricia. El Espíritu de fortaleza repele al Espíritu de pereza. El Espíritu de inteligencia va contra el Espíritu de gula. El Espíritu de sabiduría enfrena al Espíritu de lujuria (1).”

1. Haec dona sunt septem Spiritus missi in omnem terram

Este luminoso golpe de vista nos descubre, ya la naturaleza íntima de los siete dones del Espíritu Santo, ya el papel necesario que representan, ya el inmenso lugar que ocupan en la obra de la redención humana. El santo arzobispo revela y justifica con una sola palabra todo el plan de nuestra obra. En efecto, dos espíritus opuestos se disputan el imperio del mundo. Haga lo que quiera, el hombre vive necesariamente bajo el imperio del espíritu bueno ó bajo del malo. Jesucristo ó Belial; no hay medio. Tales son las verdades, fundamento de toda filosofía, luz de toda la historia, que nosotros no nos cansaremos de demostrar. Pues bien, según la revelación del mismo Verbo, el Espíritu malo, Satanás, va acompañado de otros siete espíritus peores que él. Estos espíritus nos son conocidos por sus nombres y por sus obras.

Por sus nombres: en el lenguaje católico se llaman, espíritu de soberbia, espíritu de avaricia, espíritu de lujuria, espíritu de gula, espíritu de envidia, espíritu de ira, espíritu de pereza.

Por sus obras: ellos son los inspiradores y fautores de todos los pecados; de todos los desórdenes privados y públicos, de todas las vergüenzas, de todas las bajezas, por consiguiente, la causa incesante de todos los males del mundo. ¿Quién de nosotros no ha sido objeto de sus ataques? ¿Quién no ha sentido más de una vez su maligna influencia? Crueles, astutos, infatigables, nos asedian y fatigan día y noche. Es evidente que el hombre abandonado

contra septem Spiritus nequam, de quibus dicitur *Matth. XII.*—*Donum timoris expellit superbiam donum pietatis expellit spiritum invidiae, Spiritus scientiae repellit spiritum irae. Spiritus concilii fugat spiritum avaritiae. Spiritus fortitudines illuminat spiritum tristem accidia. Spiritus intellectus removet spiritum gulae. Spiritus sapientiae obruit spiritum luxuria. Summ. theolog. IV, p., tit. X, c. 1, pár. 4.*

á sí mismo, es demasiado débil para sostener la lucha; testigo la historia de los particulares y de los pueblos que se sustraen á la influencia del Espíritu Santo.

Así, uno de los dogmas más consoladores de la religión, es el que nos muestra al Espíritu del bien viniendo en socorro del hombre, con siete espíritus ó siete potencias opuestas á las siete fuerzas del Espíritu del mal. Estos siete espíritus auxiliares nos son igualmente conocidos por sus nombres y por sus obras.

Por sus nombres: se llaman, el Espíritu de temor de Dios, el Espíritu de consejo, el Espíritu de sabiduría, el Espíritu de entendimiento, el Espíritu de piedad, el Espíritu de ciencia y el Espíritu de fortaleza.

Por sus obras: son los inspiradores de todas las virtudes públicas y privadas, los promovedores de todo género de sacrificios, de todo lo que honra y embellece á la humanidad, por consiguiente, la causa incesante de todos los bienes del mundo (1). Para decirlo en dos palabras, el género humano es un gran Lázaro, herido con siete heridas mortales; un soldado débil, atacado noche y día por siete enemigos formidables. El Espíritu de los siete dones se convierte en infalible médico del Lázaro, propinándole los siete remedios exigidos por sus llagas; en auxiliar victorioso del soldado, poniendo á su disposición siete fuerzas divinas opuestas á las siete fuerzas infernales.

Al dibujar con esta exactitud la condición del hombre sobre la tierra, ¿puede la teología católica, que es también la verdadera filosofía, dar una idea más clara de los siete dones del Espíritu Santo, y hacer sentir mejor su necesi-

1. Neque enim est ullum omnino donum absque Spiritu Sancto ad creaturam perveniens. *S. Basil., De Spir. Sanct., p. 66.*

dad absoluta é inspirar á las naciones lo mismo que á los individuos, un temor más sério de perderlos?

Quedan por explicar en sí mismos y en su oposicion con cada uno de los pecados capitales todos estos dones admirables. El primero que se presenta, es el temor. Con el fin de dar una idea práctica del mismo, vamos á responder á tres cuestiones. ¿Qué es el temor? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Cuál es su necesidad?

1º ¿Qué es el don de temor? *El temor es un don del Espíritu Santo que nos hace temer á Dios, como á un padre, y huir del pecado, por que le desagrada* (1). Este precioso temor no es sino temor servil, ni el temor mundano, ni el temor carnal. Aunque Dios sea su objeto, este don no es contrario á la esperanza, tiene dos objetos, la dicha futura y los medios de llegar á ella. Tambien son dos los objetos del temor; el mal que el hombre teme, y lo que puede ocasionarlo. En el primer caso, Dios, siendo como es bondad infinita, no puede ser objeto del temor; en el segundo, puede serlo. En efecto, El puede castigarnos por nuestras faltas y apartarnos de Sí por toda la eternidad. En este sentido, Dios puede y debe ser temido. Tal es el don de temor en sí mismo. Veámoslo en sus relaciones con el alma.

Los doctores de la Iglesia han visto en los siete dias de la creacion la figura de los siete dones del Espíritu Santo. Como en cada dia de la semana primitiva el Verbo hacia salir una nueva criatura de los elementos preparados por el Espíritu Santo, así en la semana que se llama la vida, cada uno de los dones del Espíritu Santo embellece al mundo

1. Timor filialis est donum Spiritus Sancti, á gratia in voluntate fluens, quo quis disponitur ad prompte et faciliter sequendum motionem Spiritus sancti, qua movet aliquem ut ex amore revereatur Deum tanquam Patrem, et timeat illum offendere atque ab eo separari. *Vigier, Instit.*, etc. c. XIII, pár. 8, v. 2.

moral, al hombre, con una nueva maravilla. Cuando llega al alma cualquier don del Espíritu Santo, se puede aplicar con toda verdad la palabra del profeta: Enviarás tu Espíritu y todo será creado y renovarás la haz de la tierra. De este modo, la venida del soplo divino es, lo mismo para el hombre que para el mundo, una hora solemne de creacion y regeneracion. Justifiquemos esta bella armonía y comencemos por el don de temor.

El hombre caido está tan hundido en las cosas de los sentidos, que pasa al lado de las más altas verdades del orden moral sin verlas, ó si las entrevé, apenas le causan ninguna impresion. Pero cuando el Espíritu de temor de Dios descende sobre él, pasa en su alma algo parecido al estampido del trueno en una noche oscura. Este trueno, que todo lo hace temblar, es precedido de un relámpago que rasga las negras nubes é ilumina el horizonte. Esto mismo sucede en el corazon del hombre, cuando entra en él el Espíritu de temor de Dios. Como luz repentina, disipa las tinieblas y hace ver con claridad la grandeza de Dios y la fealdad del pecado. Como fuerza produce en el alma un impulso que la conmueve profundamente. "Mira la tierra, dice el salmista, y la hace temblar (CIII)." Esta tierra es el corazon del hombre. De esta tierra, repentinamente iluminada y fuertemente removida, se ven salir como dos plantas inmortales, un profundo respeto á Dios y un horror extremo al pecado; lo que vamos á conocer estudiando la segunda cuestion.

2º ¿Cuáles son los efectos del don de temor de Dios? Como se acaba de indicar, el don de temor produce dos efectos; respeto á Dios y horror al pecado (1).

1. Et sic habet (donum timoris) duos actus et per consequens duo objecta. Actus sunt timeri et revereri. Objectum primum et malum culpae. Secundum est bonitas et dignitas Patris. *Vig.* cap. 13, pár. 8, v. 2.

Respeto á Dios: no un respeto ordinario, de la razon más bien que del corazon, sino profundo, universal y práctico. A los ojos del alma llena del Espíritu de temor, solo Dios es grande; ante su autoridad, desaparece toda autoridad; ante su majestad se eclipsa toda otra majestad; ante sus derechos, no hay otros derechos, ni ante su servicio otro servicio, ni ante su palabra otra palabra, ni ante sus promesas otras promesas, ni ante sus amenazas otras amenazas, ni ante sus juicios otros juicios.

El alma no contempla solamente á esta majestad infinita en sí misma sino que la ve reflejarse en todas las demás potestades establecidas por Dios, potestades religiosas y sociales, potestad paterna y civil, potestades superiores é inferiores; la ve en todo lo que lleva el sello de lo divino, en el hombre y en el mundo.

De aquí nace el respeto a la Iglesia, á las santas Escrituras, á la tradicion, á las ceremonias, los templos, los dias y las cosas de Dios: respeto al alma y á cada una de sus facultades; respeto al cuerpo y á cada uno de sus sentidos; respeto al prójimo y á su fé, sus costumbres, su vida, su reputacion, sus bienes, su debilidad, su pobreza; respeto á su ancianidad, su superioridad y todos sus derechos.

Respeto á las criaturas. Para el *discipulo del crisma*, *alumnus chrisimatis*, todas son sagradas, todas vienen de Dios, son de Dios y han de volver á Dios. Usa de todas y de cada una de ellas; pero con espíritu de dependencia, porque ninguna es suya; con espíritu de temor, porque tendrá que dar cuenta de todo; con espíritu de agradecimiento, porque todo es un beneficio, hasta el aire que respiramos. Como se ve el don de temor de Dios es el fundador de lo que siempre es tan necesario y especialmente en el mundo actual; la religion del respeto.

Horror del pecado. Gracias al don de temor, el alma se encuentra de repente en otro estado: ya no se conoce á sí misma. Los grandes dogmas de la magestad de Dios y de la enormidad del pecado, de la muerte, del juicio, del purgatorio y del infierno, que poco há estaban para ella en la oscuridad ó solo á media luz, brillan con esplendor tan vivo, que exclama con Santa Catalina de Sena: "Si yo viera á un lado un mar de fuego; y al otro el más pequeño pecado, antes me arrojaria mil veces al fuego que cometer el pecado."

Pasmado de no haber visto siempre lo que ahora ve, affligido de no haber sentido siempre lo que siente ahora, el cristiano enriquecido con el don de temor de Dios, exclama con toda la sinceridad de su asombro y con toda la fuerza de su sentimiento: ¿Quién no os temerá, Señor, y quién osará ofenderos? Solo Vos sois grande, y santo, y bueno, y poderoso. Vos sois el soberano Señor de la vida y de la muerte, y juez supremo de los reyes y de los pueblos. Vos revisais todos los juicios y juzgais todas las justicias; Vos, en cuyas manos es cosa horrible caer; Dios vivo, que despues de hacer morir el cuerpo, podeis precipitar el alma en el infierno: Vos; que no pudiendo sufrir ni siquiera la vista de la iniquidad, la perseguís, hace seis mil años, con castigos espantables en los ángeles y en los hombres, y la castigareis con horribles suplicios por toda la eternidad.

Tales son y más enérgicos todavía los sentimientos del alma penetrada del Espíritu de temor de Dios. Si nada hay más noble, nada es tampoco más indispensable.

3º ¿Cuánta es la necesidad del don de temor? Esto es lo mismo que preguntar, si el hombre necesita ser cuerdo y trabajar en la salvacion de su alma. pues el temor es la pri-

mera condicion de la cordura y de la salud (1). Es lo mismo que preguntar, si el hombre necesita no perder nada de lo que, haciéndole hombre, le impide confundirse con la bestia; pues el temor de Dios hace al hombre y á todo el hombre (2). Es, en fin, lo mismo que preguntar, si el hombre tiene necesidad de conservar su libertad y su dignidad de hombre y de cristiano. En efecto, hay que persuadirse bien de ello, el Espíritu de temor de Dios es el único principio de la libertad y el único guardian de la dignidad humanas. Y la razon es, que solo él nos libra de todo otro temor. El hombre, quien quiera que sea, está expuesto á tres clases de temor, al temor *servil*, al temor *mundano*, y al temor *carнал*. Uno solo de estos es bastante para convertir al hombre, aunque sea emperador ó rey, en un esclavo y esclavo degradado.

El temor servil es el que hace respetar á Dios, solo por miedo; y huir del pecado solo por el castigo (3). Fúndase en el amor de sí mismo: este amor no es malo por su naturaleza, porque no es contrario á la caridad: y no es contrario á la caridad; puesto que en virtud de la misma caridad el hombre debe amarse á sí mismo despues de Dios, y más que á los otros: por consiguiente, debe temer y evitar el mal del alma y del cuerpo. El temor servil, pues, nacido de este amor persona, no es malo en sí mismo. Antes al contrario, una de las funciones principales de los profetas fué llenar de él el corazon de los pecadores.

“Cuarenta dias quedan aún, clamaba Jonás á los Ninivi-

1. Initium sapientiæ timor Domini, *Ps.* 110.—Cum metu et timore salutem vestram operamini. *Philip.*, II, 12.

2. Deum time et mandata ejus observa; hoc est enim omnis homo. *Eccl.*, XII, 13

3. Timere Deum propter malum pœnæ, est timor servilis. *Vigier*, c. XIII, § 8.

tas, y Nínive será destruida (1). Y Dios aprobó su penitencia, aunque nacida de temor servil. “Raza de víboras, decia San Juan Bautista á los Judíos obstinados, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? . . . Puesta está ya la segur á la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace buen fruto, cortado será y echado en el fuego (2).” Nuestro Señor mismo, ¿cuántas veces no atacó esta fibra del temor servil, para atraer los pecadores á penitencia? Ahora les recuerda el infierno con sus braseros eternos y sus tinieblas exteriores; ahora les presenta la parábola de la higuera estéril y del rico avariento; ahora amedrenta sus oidos con estas terribles palabras: “Si no haceis penitencia, perecereis todos sin excepcion (3).”

El temor servil no es, pues, malo por su propia naturaleza. Si se hace malo, cuando el hombre, constituyendo en sí mismo su último fin, no respeta á Dios ni evita el pecado, sino en razon de su interés personal. Semejante disposicion, esencialmente contraria á la caridad, constituye la servilidad del temor y hace al hombre esclavo, y equivale á decir: Si Dios no tuviera el rayo de su mano, si no hubiese infierno, yo pecaria. Es el razonamiento del esclavo, que teme el látigo, pero no ama á su amo; de los Judíos idólatras al pié del Siná; de los paganos de Samaria, á quienes se llamó con razon los prosélitos de los leones; del malvado Antioco á la vista de los terrores de la muerte; de tantos y tantos cristianos que conculcan las leyes de Dios y de la Iglesia, porque no ven sancion alguna penal para sus prevaricaciones; ó que se abstienen de conculcarlas, porque creen entrever esa sancion y únicamente por esto (4). Inú-

1. *Jonæ*, III, 4.

2. *Matth.*, III, 10; *Luc.*, II, 7-9.

3. *Luc.*, XIII, 3.

4. Timor servilis est malus non quidem secundum se, sed se-